



Capítulo 252 - Japón es diferente, pero bueno

Vergil se detuvo mientras observaba la ciudad a su alrededor. No sabía exactamente qué esperar de Japón, pero, sinceramente, esto no era lo que buscaba.

Las calles estaban sorprendentemente limpias, organizadas de una manera casi meticulosa.

Incluso en un lugar tan concurrido como Tokio, había una atmósfera tranquila en el aire, una sensación de orden que contrastaba absurdamente con el caos al que solía enfrentarse a diario.

Las luces de neón brillaban suavemente por todas partes, reflejándose en cada superficie de vidrio de los altos edificios, mientras que las vallas publicitarias mostraban de todo, desde anuncios tecnológicos hasta mascotas sonrientes que vendían bebidas energéticas.



"¿Sorprendido?" La suave voz de Raphaeline lo devolvió a la realidad.

Ella estaba de pie junto a él, vestida con algo completamente diferente al kimono formal de antes. Ahora llevaba un vestido negro ajustado que realzaba sus curvas de forma casi indecente, combinado con una chaqueta de cuero que le daba un aire peligroso y seductor a la vez. Su larga melena negra estaba suelta, cayendo en ondas sobre sus hombros.

Vergil apartó la mirada y dejó escapar un pequeño suspiro. "Es que... no esperaba este ambiente. Las ciudades humanas siempre son tan caóticas, pero aquí...", señaló con la mano, señalando los alrededores. "Es diferente."



Raphaeline sonrió, cruzándose de brazos. «Japón tiene una cultura muy estricta de respeto y disciplina. Incluso en un lugar tan concurrido, hay un orden natural. Es reconfortante, en cierto modo».

Virgilio seguía observando la ciudad, con la mirada fija en los carteles luminosos, en el flujo constante de gente cruzando las calles de forma sincronizada, como si todo fuera un mecanismo perfectamente ajustado.

"Esperaba algo más... ruidoso."

Raphaeline se rió. "Oh, no te preocupes, esto es solo la entrada. Cuando lleguemos a las zonas más concurridas, verás otra cara de Tokio".

De repente ella lo agarró del brazo, tirándolo con un entusiasmo que hizo que Vergil frunciera el ceño.

"¡Vamos, tenemos una cita para disfrutar!"

Entrecerró los ojos. "Sigo pensando que es un chantaje ridículo".

Ella se encogió de hombros. "Y sigo pensando que deberías haberme invitado por voluntad propia, así que estamos a mano."

Vergil solo suspiró, dejándose arrastrar por la Reina Demonio por las calles iluminadas de Tokio. Esto definitivamente no estaba en sus planes.

El resplandor de las luces de Tokio se reflejaba en los ojos de Raphaeline mientras caminaba junto a Vergil, rozando ligeramente la tela de la manga de su chaqueta con los dedos. El movimiento a su alrededor era intenso, pero ella





parecía completamente concentrada en una sola cosa: hacer que esta reunión valiera la pena.

Vergil, por otro lado, aún no entendía del todo qué estaba pasando. Él, el Rey Demonio, era arrastrado por calles agitadas por una mujer que, hasta hacía poco, se enorgullecía de ser una guerrera despiadada. Sin embargo, allí estaba ella, actuando... diferente.

—Hola, Vergil —lo llamó Raphaeline suavemente, tirándolo suavemente del brazo—. ¿Has probado alguna vez el dango?

Arqueó una ceja. "¿Dango?"

Señaló un pequeño puesto callejero donde un hombre vendía brochetas de albóndigas de arroz cubiertas de salsa dulce. El dulce aroma en el aire parecía tentador, y Vergil se preguntó por un momento si era realmente necesario.



Raphaeline, sin embargo, no esperó la respuesta. Compró dos brochetas y le ofreció una, con la mirada llena de expectación.

"Tienes que probarlo."

Vergil tomó el pincho con una expresión neutral y observó como Raphaeline le daba un delicado mordisco, sus labios curvándose en una sonrisa satisfecha mientras masticaba lentamente.

Suspiró y le dio un mordisco. El sabor era ligeramente dulce, pero no empalagoso. No estaba mal.

Raphaeline ladeó ligeramente la cabeza, observándolo atentamente. "¿Y?"



"Es aceptable."

Ella se rió. "¿Es esa tu forma de decir que te gusta?"

Vergil apartó la mirada. "Dije lo que dije."

Raphaeline contuvo la risa, disfrutando de cada pequeña reacción suya. Normalmente, estaba relajado, tan impenetrable, pero ahora sabía que no tenía ganas de estar allí... podía ver las pequeñas grietas en su postura. Y eso le gustaba.

Mientras caminaban, pasaron por un puente iluminado por faroles de papel, cuyo reflejo danzaba sobre el agua. Raphaeline aminoró el paso, deteniéndose en medio del puente y apoyándose en el parapeto de madera.

"¿Qué pasa?" preguntó Vergil, deteniéndose a su lado.

Miró al cielo, donde se veían pocas estrellas entre las luces de la ciudad. "Simplemente estoy disfrutando el momento".

Vergil la observó un momento. Parecía más tranquila que nunca, y no era solo una actuación. De verdad lo disfrutaba.

Después de unos segundos, ella se giró hacia él, con un ligero rubor en sus mejillas.

"Virgilio."





"¿Hmm?"

"Yo... quería probar algo."

Frunció el ceño ligeramente. "¿Algo?"

Raphaeline respiró hondo y de repente le tomó las manos. Sus manos eran pequeñas comparadas con las de él, pero cálidas y suaves.

—Sé que soy intensa, testaruda y que tiendo a ser un poco... agresiva. — Sonrió, un poco incómoda—. Pero quería demostrarte que también puedo ser amable. Porque, aunque empecé todo esto como una broma, como una forma de presionarte... la verdad es que me gustas.

Vergil parpadeó. No esperaba que fuera tan directa.

—Sé que no estás acostumbrado a esto. Yo tampoco. —Le apretó las manos un poco más fuertes—. Pero quería intentarlo.

Se hizo un silencio. Vergil no se apartó ni apartó las manos. Simplemente la observaba, como si intentara descifrarla.

Luego, en un gesto sutil, giró ligeramente una de sus manos de modo que sus dedos se entrelazaron con los de ella.

Raphaeline contuvo la respiración.

"Si eso significa que dejarás de chantajearme con información, entonces..." Apartó la mirada, con un ligero tono de diversión en la voz. "Creo que ya entendemos adónde va esto."



Ella abrió mucho los ojos, sorprendida. "¿Estás diciendo que...?"

Vergil dejó escapar un pequeño suspiro, pero no le soltó la mano. "Digo que quizá... estás consiguiendo lo que quieres."

Raphaeline esbozó una enorme sonrisa.

Mientras paseaban por Tokio, Raphaeline no dejaba de mostrarle los lugares más interesantes de la ciudad. Lo llevó a una lujosa tienda de kimonos, a un sofisticado café temático e incluso a un bar de cócteles en lo alto de un rascacielos, desde donde podía ver toda la metrópolis iluminada. Vergil disfrutaba de la vista y de los lugares, pero nada parecía captar su atención.

Hasta que de repente dejó de caminar.

Raphaeline, que seguía hablando animadamente de un restaurante que servía platos dignos de reyes, notó que ya no estaba con ella y miró hacia atrás. Estaba mirando algo al otro lado de la calle, con las cejas ligeramente arqueadas.

Siguió su mirada y vio un puesto de ramen pequeño, discreto pero concurrido. La entrada tenía una cortina roja con letras japonesas, y dentro, los clientes se sentaban en cabinas individuales, diseñadas para dar privacidad a quienes comían solos. Sin embargo, un detalle le llamó la atención: había cabinas dobles, diseñadas para parejas.

Raphaeline se cruzó de brazos, desconcertada. "¿Qué? ¿Te interesa algo?"

Virgilio, sin dejar de observar el lugar, respondió sin pensarlo demasiado: «Huele bien».





Raphaeline parpadeó sorprendida. Él ni siquiera dudó en responder.

Eso fue suficiente.

Sin darle tiempo a cambiar de opinión, ella lo agarró del brazo y comenzó a tirar de él con fuerza, con una sonrisa traviesa en su rostro.

—Ah, ¿así que al gran Virgilio, Rey Demonio, ¿le gusta el olor de un simple ramen callejero? Bueno, no te preocupes, querida, ¡porque ahora vas a disfrutar de la mejor cena de tu vida!

"Oye, Raphaeline—"

Pero ya era demasiado tarde. Lo arrastró con exagerada excitación, ignorando las miradas curiosas de quienes la rodeaban. Vergil ni siquiera intentó resistirse; simplemente suspiró, dejándose llevar.



En cuanto entraron al puesto, fueron recibidos por el encargado, quien los observó a ambos y los condujo de inmediato a uno de los espacios para parejas. El ambiente era sencillo pero acogedor. La madera oscura, las luces amarillentas y el embriagador olor a caldo caliente hacían que el lugar pareciera irresistible.

Raphaeline sonrió satisfecha. «Muy bien, Señor Demonio, ahora solo nos queda elegir qué pedir».

Vergil se acomodó en su asiento y tomó el menú, examinando las opciones con la mirada. Ya estaba más relajado de lo que esperaba. Quizás era el ambiente, o quizás era el hecho de que, por alguna razón, estar allí con Raphaeline se



sentía... normal. Ni siquiera recordaba que lo habían chantajeado para estar en esa cita.

"Tomaré el especial de la casa, con carne extra", decidió.

Raphaeline sonrió. "Yo también. Pero con más ajo."

Vergil arqueó una ceja. "¿Más ajo?"

Ella se encogió de hombros. "Mejora el sabor".

Soltó una leve risa nasal, algo inusual. "¿Y el aliento?"

Raphaeline se inclinó sobre la mesa, apoyando la barbilla en las manos y sonriendo provocativamente. «Si piensas besarme, reduciré el ajo. Si no, no es tu problema».



Vergil guardó silencio un momento antes de apartar la mirada. "...Como quieras."

Rafaela se rió.

Cuando llegaron los platos, ambos empezaron a comer, y Virgilio se dio cuenta de que tenía mucha hambre. El primer sorbo del caldo caliente fue suficiente para relajarlo por completo.

"¿Está bueno?" preguntó Raphaeline, observándolo con interés.



Vergil no respondió de inmediato. Simplemente tomó más fideos con sus palillos y se los comió.

Ella sonrió. "Te gusta."

Él puso los ojos en blanco, pero no lo negó.

A pesar de intentar mantener su habitual seriedad, Vergil no pudo evitar notar los incansables esfuerzos de Raphaeline por suavizar el ambiente. Lo intentaba de todas las maneras posibles: pequeñas bromas, sonrisas pícaras e incluso expresiones adorablemente concentradas mientras devoraba su ramen como si fuera la comida más deliciosa del mundo.

Suspiró internamente.

Quizás era hora de ceder, aunque sea un poco.

Una leve sonrisa se dibujó en sus labios al observar la escena frente a él. Raphaeline, una Reina Demonio, una guerrera despiadada, una mujer que lo había enfrentado innumerables veces sin dudarlo... ahora estaba allí, con los ojos brillantes de alegría, agarrando sus palillos con una satisfacción casi infantil mientras saboreaba cada sorbo del caldo caliente.

Vergil sacó discretamente su teléfono celular y, con un movimiento rápido y preciso, tomó una foto antes de que ella tuviera tiempo de reaccionar.

Abrió la conversación con Ada y envió la imagen.

~ [Ha mejorado, ¿verdad? Está muy contenta comiendo ramen].





La respuesta llegó casi instantánea.

~[Mi madre... ¿está comiendo ramen? ¿La obligaste?]

Virgilio frunció el ceño.

~ [¿No? Ella quería.]

Hubo un pequeño retraso en la respuesta. Luego llegó un mensaje que lo hizo parar de comer por un segundo.

~ [Vergil... mi madre no come ramen. No lo hace desde que tengo memoria].

Él arqueó una ceja.

~ [¿Por qué?]

~ [Porque le recuerda a su madre... mi abuela].

Vergil se congeló por un momento, su mirada pasó del teléfono celular a Raphaeline.

Ella seguía allí, despreocupada, sonriendo para sí misma mientras recogía más fideos. Pero ahora, al observarla con más atención, notó algo diferente... cierta nostalgia en su semblante.

No era sólo felicidad.





Fue un momento precioso para ella. Algo que iba más allá de una simple cita o un chantaje tonto para pasar tiempo con él.

Vergil guardó su teléfono celular, apoyó la barbilla en su mano y continuó observándola.

Tal vez... sólo tal vez... ella simplemente lo había conquistado para siempre.

